

TEMORES
JENS BÜCHER

Temores
Jens Bücher
1991
Der.Res.Jens Bücher
No.Inscripción 116114
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

Míos son los temores, claro, de niño,
los espantosos, como crecían y crecían,
abarcaban el aire de la pieza,
todo el espacio en que estaba,
y yo ya casi sin aire, espantosos,
nacidos de un objeto, de una luz,
y yo llorando, gritando,
corriendo hacia alguien en la casa -
los temores irrumpiendo
en la paz del juego,
míos, míos, totalmente.

Pero la paz.
No menos, por cierto,
no menos propia, la feliz,
desarrollando su tiempo entretenido,
abriendo el mundo a mi vista interesada,
entrelazando dificultad y destreza
en intentos preciosos.

Eran globos de algo,
de vida, de esencia,
esferas expandiéndose
y yo en medio.
De burbuja en burbuja viví,
y cuando estaban ya muy grandes
me llevaban a la cama
o me bañaban
o me daban la comida.

Esos ámbitos con sabor a verdad,
blandos, temperados, fluyentes.

Gotas resbalando por las mejillas,
penas nocturnas cayendo
sobre la alfombra concho-vino,
Mozart, Schubert, qué habra sido,
y afuera la lluvia.

O celestes, alegres, las bromas,
sol y pelota,
amarillos y naranjas brillando,
riendo de cara en cara.

A todo esto pertenecí
despierto, entregado, llano,
avanzando, yendo, cambiante

según el flujo del corazón
hacía su cauce
en realidad, sueño, casualidad -
pertenebí por entero, claro,
sin razones.

Cantaba.
Pero no me dejaron. Hablaron.
Cubiertos de palabras infinitas
quedaron mi voz infantil, mis melodías,
mi ánimo despreocupado.
Zarandeado el corazón, tergiversado,
enmudecí.
Y más tarde, el resto,
qué vergüenza.

Entonces retraído, cuidadoso.
Entonces ya dudando.
Entonces ya no más, un día.

Pinos. Cerros.
El cielo azul de la tarde.
Noches de lluvia y viento.
O un perro, tal vez me acompaña
y nos hacemos amigos.
Las horas de silencio,
los juegos bien lejos de bulla,
de burla y depredación,
las horas solitarias.
La vida nueva, la vida distinta.

Pero -
¿qué fue lo perdido?

Infancia separada, paralela,
y más tarde, la adolescencia,
con no menos empeño,
tensado en lo propio,
pero en esto otro, mucho más.

Cariños que no fueron,
o tardes de paz, de apoyo o descanso,
felicidad anunciada pero no, no de nuevo,

nunca gozada.
 Contentamiento, ¿que fue de ti?
 Seguridad de ser, de vivir,
 cordura, armonía, qué fue de todo esto
 en los años esos, en los años pobres.

Sino en contra de mí, la luz alegre,
 a pesar de mí, así fue lo bello entonces,
 de a momentos, y las sorpresas,
 los cantos de la confianza,
 casi escondibles fueron, claro -
 como cruzada en el camino estuvo mi verdad,
 molestando.

Ahora es distinto.
 Ahora sé la distancia, los declives,
 las señas del aire.

Pero adentro, lo serio.

Pero afuera, la guerra.

Ven,
 vamos *juntos* perdiendo,
 sabiéndolo, sintiendo hermanados,
 que al menos esto no perdamos
 de entre todo lo que perdemos.
 Y la desnudez se repita,
 sea doble la de adentro
 y la podamos ver ahora desde afuera,
 en ti, en mí.

¿Supiste callar?
 Callar de veras,
 - en el oír hay tanto que uno dice -
 de veras con el corazón temblando,
 si es posible, un poco más, más aún,
 y no saber ya si más es posible.

Así cruzar los espacios, los límites,
 las últimas vistas de todo lo visto,
 hacia lo nuevo, hacia lo oscuro,
 sin intuir,
 desconfiando ya de la confianza,
 callando, callando seguir,

callando ir hacia sorpresa o fin.

Pues como no habría de ser seria la vida,
seria y sin prisa, constante,
siempre de nuevo intentando
el flujo de fondo.

¿Supiste sufrir?

Con los ojos enlagramados aún
comparar salud y desgracia,
la dirección que llevan
nuestras cosas, nuestras gentes,
llorados aún ver deshacerse
entre las ruinas de un mundo enajenado
alguna humana ternura,
la calidez de un cariño muy íntimo
y mostrado.

O haber sabido que tanto es error.

¿Supiste saber?

Los perdedores que somos nosotros,
juntos, vamos más juntos
cruzando el ámbito desprotegido.

Y valga un resto de algo propio
que tal vez fue verdad,
un tiempo compartido, un sentir de a dos,
valga la ilusión
que lo serio es vivenciable,
vivenciable en el corazón zarandeado,
vivenciable aquí en medio de la ciudad
destruida.

Y no sea fatalidad la pobreza,
una vez no corroa las entrañas,
no más, ahora, casi de la mano
nos vea compartiendo un recuerdo de pan,
un recuerdo,
y nos miremos a la cara nosotros,
a la cara mirándonos iniciemos lo otro,
sonrientes casi ya, sorprendidos.

Finalmente pues tal vez
no es solo que se encuentra

el lugar inocente,
el lugar donde nacen gemelos
dolor y dicha,
el lugar donde ganancia y pérdida,
en sus inhumanas exuberancias,
son iguales
bajo la luz del cielo.

Invierno es en el alma,
la lluvia se pegó al paisaje
y los días vuelven iguales uno al otro.
Noche y luz alternan como frío y pena.
Inhospita está la tierra
y en las horas frenadas se consume
el empuje de la fuerza de fondo.

Invierno conquistó la ciudad depredada,
agua cae sobre las ruinas,
sobre recuerdos y costumbres,
dónde hay frutas, huevos, flores,
pero ratones se escurren bajo las piedras,
se protegen silenciosos
de la inclemencia estacional,
y su gris fugaz se repite eterno
en el tedio de las tardes
interminables.

Mira, ahí, un hominido, ágil,
asustado, agachado, corriendo, volviendo,
busca o huye, sombra sagaz -
y ya no está.
Pero la luz de sus ojos,
pero la oscura mirada de miedo,
pero las grandes orbitas
hechas del sobrevivir:
como los ratones, así iba,
corriendo sigiloso
por encima de lo nuestro destruido.

Llueve. El cielo está pesado de agua.
Cubriendo algunas piedras hay pastos,
pastos verdes que crecen por ahí,
pastos bien verdes, -
en realidad.

Temblores sacudieron mi infancia,
temblores hubo más tarde,
y de adulto, claro,
cuántos sacudieron
los fundamentos del vivir.

Árboles tiritando
bajo el aire enrarecido,
pájaros asustados
sobrevolando la tierra de ruido,
y uno ahí, temeroso,
inmerso en lo grande,
temblando también.

O de niño, la lluvia,
afuera cayendo en horas tangibles,
y así adentro, alfombra y juguetes,
la pieza entera existiendo
en colores oscuros y llenos de fuerza.

Auto y tren, árbol, puente,
los botes repletos de todo,
de dirección y sentido,
de razones poderosas,
mi mano moviéndolos hacia orilla y trueque,
hacia verdad y verdad
y mucho más.

Mi mano siguiendo
el dibujo de la lana trenzada,
y mi vista también, yendo en senderos
de mantas, pared y madera,
de cosa en cosa y cortinas blancas
hacia afuera, hacia las gotas,
hacia el ritmo disparejo, persistente,
del agua invernal.

Tardes intensas del quehacer continuo,
alma, nube, mano y juguete,
todo mezclándose, todo abriéndose,
un ir y fluir constante y veraz.

Y de noche, más tarde,
ya en cama y sin luz, despierto,
escuchando la lluvia.

Iban como pavos reales
mostrando sus flaquezas y errores,
sus angustiados cariños,
que uno entienda ya, admirado, conmovido,
esta su gracia regalada.

Desayunos y viajes, escuela, noticias,
los lazos que unen familia y vida,
catálogos renovados de todo lo contado.

Pero mis manitos supieron raspar
en ladera y tierra
una huella sin embargo,
un camino para camiones y autos,
hicieron ríos, lagunas,
puentes preciosos
que unían aquí con allá,
supieron, claro,
sin embargo gozaron esbozando y armando,
sin embargo, pues,
esas manos de niño
antaño.

Deja que florezcan las rosas del jardín,
deja que en el aire entibiado de la tarde
se sostenga su aroma elegante.

Persista su presencia en la noche
y en la piel se repitan transparentes
como paz y ternura y saber.

Deja que de cariño florezcan también tus manos
y en el contorno de la niña amiga
ellas dibujen devotas su imagen querida.

Mirabas la cortina,
sus pliegues redondos
cayendo en rectas blancas
por delante de la ventana inmóvil,
ibas de más en menos a más,
según el dobléz avanzaba hacia el lado,

el camino sinuoso, maternal.

Pasado el vidrio
y hacia afuera
estaban las margaritas radiantes,
las copas emergentes de los pinos
que crecían en la ladera,
y ms allá, abajo,
las casas y los jardines,
el río ancho y tranquilo,
como hecho de pura verdad,
yendo hacia el mar,
y arriba, azul, el cielo.

No querías jugar.
Desordenados quedaron lápiz y goma,
el tren, los autos.
Por tu mirada solitaria
cruzaba un aire adulto,
aire que en las horas venideras
se tomaría la tarde.

¿De que estaban hechas las cosas?
¿Las agujas de los pinos, su resina,
la greda, el cascajo, la lluvia,
y abajo del camino, peligrosamente,
las moras negras y dulces?

Andando en monopatín,
¿de qué era el equilibrio,
el impulso de la bajada en curva,
o dejándolo, el volver a andar solo?
¿Qué había en los columpios preciosos?

Esa, tu mirada grande, siguió de largo,
(o a veces la recogió tu hermano).
Anduviste solitario entre la gente,
entre los sustos de su mundo quebrado, -
y florecía de a poco tu sonrisa,
pero no frente a quienes hubiese valido.

Eran niños también - pero no.
No jugaban sus juegos al jugar,

sino vueltos en contra querían dominar.
 Eran niños sin gracia
 así como iban guerreando,
 disputándose algo que no era del juego.
 Libres - claro, libres no sabían ser.

Pero a veces les tomaba el entusiasmo
 y hacíamos equipo, unos junto a otros,
 y todos ganábamos la hora jugada:
 vibrando aún de nuestros gritos
 quedaba la noche,
 y en la almohada oscura corría incesante
 una pelota feliz.

Ruinas, agua y viento: hacia dónde, si no.
 Pegaban y pegoteaban, se esmeraban,
 y uno mismo, sabiendo, también pegando,
 trozos y partes, esquiras infinitas,
 uniendo, dando lo mejor,
 aguantando destrucción y fin.

Ahora entonces, sobreviviendo: ¿fue suerte?
 Y antes también, ¿no fue suerte
 el vivir en contra de todo terror,
 de las rigideces incontables, letras y horas,
 ideas de lo útil, números, historias,
 cuentos corroborando manantiales de miedo,
 no fue suerte el sobrevivir
 a la maldad hecha bien,
 al truco macabro de su trastocada inseguridad?
 Adultos engañados, adultos engañadores,
 y niños obcecados, envenenados de astucia -
 confabulados todos para que nada se abra,
 y uno mismo, generoso,
 a sabiendas colaborando:
 vivo yo ¿con qué derecho?

El frío en mi espalda mojada
 me cubre como túnica bendita,
 y mi vista, saliendo de mí,
 yendo hacia afuera,
 más allá de esta pobreza,
 del tiritar y de lo incierto,
 se posa sobre ruinas y pastos
 como lo hace la lluvia, suavemente,

como limpieza, quiere parecerme,
como inicio y paciencia.

A pesar de nosotros, la vida,
como marea por encima de las piedras,
ella, a pesar de todos nosotros,
de quienes unidos a ella podríamos ser
ola, viento, noche y estrella,
luz y constancia, giro, gracia y riqueza,
a pesar de quienes vamos y depredamos,
soberbios en el poner y en el quitar -
ella, ella va subiendo y bajando
en ritmos distantes y grandes,
va inundando y aireando, viniendo y yendo,
sabiendo lo suyo en silencio -
en silencio, sí, pero hacia afuera cantando,
a pesar de nosotros en nosotros cantando,
en animales y piedras, en árbol y sombra,
las canciones de su emoción poderosa.

Te inundaron, niño, tu sentir,
con las cosas siempre urgentes
te violaron tus espacios, tus esperas,
con sus caras inocentes
te increparon tus reclamos,
te dieron vuelta, te invalidaron,
porque, claro, era lento para ellos
lo que tu querías querer.

Entonces solo otra vez de nuevo,
solo todo aquello compartible,
eso de todos para todos siempre solo
en la mirada, en el andar,
que no frenen ya tu suave ir,
tu fácil flujo por las horas,
tu liviano acontecer.

Temor o llanto, pérdida tras pérdida,
en contra fuiste creciendo,
madurando tus años hacia grande,
resbalando, tropezando,
ejercitando el paso erecto
como pocos junto a ti.

No menos, por cierto, pero distinto.
En ellos fue visible, claro,
cuando alguno vencía,
uno de entre ellos a ellos,
de triunfo en triunfo pisoteando,
alto y ágil, aclamado,
vitoreado por los vencidos,
su retorno del esfuerzo.

Mas ya desde antes
te agobiaba tanto tedio.

Pero las olas, las gaviotas,
un día de playa solamente,
uno ya en la vista, en la piel,
cuan difícil no perderlo,
cuan difícil siempre más,
más abierto, más profundo, sin querer.

Tus manos se aprietan al pecho,
pesado yace tu cuerpo,
pesada se apoya la cabeza,
el sueño te vence de a poco,
te sumerge en su blanda quietud.
Oscura está la pieza, silenciosa,
sólo tu vas ahí con tu suelto respirar,
ido, ido,
aislado de temores, de crueldades,
protegido por la confianza del dormir,
confianza que envuelve tu vida
como manta maravillosa.

Cual animales maltratados, hambrientos,
llenos de llagas inútiles
en sus pieles deslucidas,
la mirada apenas viendo aún
algo ahí delante de sí,
la fuerza vital
derramada en un ayer ya lejano,
así andaban los grandes
rumiando sus temores,

jurando por sus vidas la verdad del mal,
 gastados, opacos,
 llenos de odio, apretados,
 demarcando con avaricia el espacio
 en que podíamos vivir,
 nosotros, los que aún crecíamos.

Rompiendo se fueron, rompiendo,
 pero también dejándose romper,
 envueltos en sus presagios de roturas
 se fueron yendo. Las ruinas que dejaron,
 las mismas ruinas siguieron el juego
 rompiéndose a sí en pedazos.

Pero el homínido aquel, en la lluvia,
 de dónde salió.
 Dónde está.

Gruta increíble de piedras sueltas,
 gruta de destrucción, oscuridad y pobreza,
 como es posible, ahí,
 ahí tan cerca de todo, ahí tan sin nada,
 este hueco de supervivencia,
 hondo como debajo de cejas grandes,
 extraña protección de lo otro,
 de lo inhumano,
 de lo que teme y destruye,
 guarida en que el temor
 se mueve - sigilosamente -
 en el sentido distinto,
 cobijo de ingenua astucia:

tiritando y mojado,
 tal vez con hambre,
 cómo dormirá aquí de noche,
 soñando, con qué soñando,
 sintiendo qué,
 sumergido en qué profundidad,
 calladamente.

De tu felicidad, niño precoz,
 nacieron tus miedos infantiles,
 tus soledades hechas de sorpresa,

de renuncia y comienzo,
 tu mirada atónita de ella nació,
 de la libre alegría
 con que corriste hacia la mañana afuera,
 la mañana de colores claros,
 de nubes blancas y cielos azules,
 horas tibias
 con aromas de tierra y flores,
 la mañana recibíendote,
 recibiendo tus pasos ligeros y seguros,
 abierta como era en su luz ilimitada:

contraste fue lo otro,
 sólo contraste para tu corazón feliz,
 contrapeso inhumano a todo esto humano,
 a esta marea de vida
 que quiso decirse en ti
 convencidamente.

Quería todo parecer siempre paisaje,
 la lejanía cruzable con vista o andar,
 la belleza expuesta por delante, generosa,
 que la conozcas bien,
 la toques, le tomes el gusto,
 este gusto terrenal
 que impregnaba la distancia.

Ríos fueron paisaje,
 cerros cubiertos de verde,
 nubes y niños jugando,
 o silencios aumentados al caer la tarde,
 pero una niña con su pelo brillante
 brillando aún después en fantasía o recuerdo,
 una niña: como fue paisaje
 y tu acercándote, yendo a ella expectante -
 y la música, claro, esta vista
 y este andar hacia muy dentro
 de los tonos profundos, preciosos,
 consonancia llena de verdad terrenal:

paisajes,
 eran paisajes dispuestos
 a tu dispuesto quehacer,
 congruencias felices

ensamblando y siendo,
pulsando de ganas.

De entre las niñas esa, la una,
chica y veloz, atenta, alegre,
corriendo entre minutos intensos,
preguntando, tocando, volviendo,
torbellino gracioso cruzando tu vida
en giros impetuosos y altos
o, a veces, seria, insegura,
frenada frente a ti,
que tú la absuelvas.

Pero atrás, como estela,
el decir abría el ángulo de daño
en que las envidias mutaban en consejos
y las costumbres cortaban en trozos
la blanda ternura infantil.

Difícil andar hacia el cariño donado,
difícil camino hacia lo obvio y lo fácil -
pero en ella, en su risa liberada,
de nuevo y de nuevo,
confirmaste la elección ganadora.

Sombra sagaz en la hora vespertina,
rápida secuencia sobre piedras y hoyos,
contorno apenas discernible, fugaz,
yéndose, yéndose - ido ya.
Como recuerdo te cruzas enfrente,
como origen de todo lo que soy,
pero más, claro, como esperanza,
como luz de confianza
después de caída y destrozo,
de todos estos males en que vivimos
destruyendo destruyéndonos.

Eres esperanza preciosa
nacida en la honda noche del alma,
intento insistente
en medio de toda pobreza.

Roedores cruzan tus pasos,

cruzan mi vista,
 roedores sobre ruinas y agua,
 corriendo tras granos tal vez,
 tras hembra o cobijo,
 deslizándose
 como oraciones de un credo prohibido
 por delante de mi cara sin voz.

El sendero arriba para cruzar la línea
 hacia el camino ancho que llevaba a casa,
 pero no, un pito inmenso te estremece,
 un tren se cruza poderoso
 con sus ruidos pesados y duros,
 carro tras carro te impide seguir,
 y tú, envuelto en un grito,
 te despiertas agitado y caliente,
 el corazón corriendo angustiado
 en la pieza delante del tren.
 Te dicen, te hablan,
 te muestran vaso y presencia,
 la luz, la toalla,
 pero qué,
 al medio aquí, aquí donde estás,
 no logran llegar, no saben -
 y en la soledad de tu cuerpo afiebrado
 te duermes de nuevo,
 entregado y nervioso.

Cuán bien lo conociste, el estar en medio,
 inerme y acosado, aterrado en medio,
 apenas respirando, paralizado, vaciado,
 en medio inútil y sin salida,
 esperando ya lo peor para bien,
 tropezado en medio estuviste desesperado.

Y el tiempo pasó por sobre tu piel
 como el bálsamo más ligero
 que caricia alguna haya estirado
 con manos de mujer cuidadosa
 por encima de tu vida,
 pasó liviano y te llevó consigo,
 hacia el futuro te empujó suavemente,
 barquito tú en aguas grandes

que un viento sopla por fin
a orillas queridas.

Y ahora, si preguntase, que dirías.
O mirarías con ojos grandes
a esta cara que te observa,
o reirías feliz, a este lado, sabiendo,
la paz en el corazón.

Entre nubes quebradas
se vislumbran trozos de cielo,
la luz del sol
resplandece de tanto en tanto
sobre charcos y piedras mojadas.
En el cambiado clima matinal
salgo a caminar,
salgo a percibir la noticia del futuro,
el presagio de un relato no conocido.

Pero tomando una curva
inclinada hacia el bajo
lo veo:
sentado, raspando madera con mucho ahinco,
y riendo por ojos y boca,
no me ve.
Una carcajada fuerte y clara
me ahuyenta hacia atrás,
me lleva a esconderme,
me sumerge en este secreto
que explota frente a mí.
Aún brillan en mi vista
sus dientes blancos,
mi pulso aún galopa alocado
por encima de sorpresa y pavor.

¿Qué hacía,
que hacía con sus manos
brutas, sucias, rápidas,
que ligereza iba por su sangre alegre?

Fui al día siguiente al mismo lugar,
cuidadosamente medí mis pasos
hacia el faldeo que baja al río,

al valle abierto bajo el cielo.
 No estaba.
 Me senté yo hoy entonces
 y miré hacia arbustos, prados y cauce.

Paz envolvió mi mirada, mi piel despierta.
 Tranquilo y absorto
 estuve durante las horas
 que pasaron por encima del valle.
 Y de pronto, como generosidad,
 se dibujó una sonrisa en mi boca,
 blanda y entusiasmada
 se sostuvo en mi semblante
 y de vuelta me acompañó a casa.

Te habías propuesto
 unir las dos vertientes,
 unir sus agüitas pequeñas
 en un solo río.
 Puentes irían por encima
 y sobre ambos afluyentes,
 caminos harían verdad
 el transporte de cosas.
 Barriste las hojas, las piedras,
 cavaste y dejaste ir
 del alto cauce al más bajo
 el agua cristalina. -
 Como presagio de tu vida
 iba tu alegría
 junto al frescor y la sombra
 de los árboles grandes.

Le tiritan los párpados,
 voces guturales se le ahogan
 en plena garganta.
 Las piedras de su gruta se abren, flotan,
 se van hacia arriba,
 transformándose ascienden
 y mutan en ramas,
 en arboles altos, frondosos.
 Un brazo se mueve -
 pero no, ya se queda, no puede.
 La guarida es un bosque entreabierto,

maravillado ve frutos, pájaros, lianas.
Quiere gritar. O llora.
Está por asir, por tomar - se estremece.

Entonces abre los ojos
ahí dentro de la gruta de piedras oscuras,
ve en silencio la luz de la noche,
acomoda su espalda y se duerme otra vez.

En el fondo de su mano, parece,
sostiene algo
que sus dedos van cerrando a cuidar.

Cerros dibujaste, álamos, caminos y cercos,
una casa con chimenea y humo -
¡humo!, es humo, humo que parece verdad,
¡se hacer humo! -
dejaste el lápiz
mirando extrañado tu logro infantil,
tiempos liberados
pasaron por encima del cuaderno,
y tú, siempre mirando,
soñaste con campos, trabajo y ser grande,
pero más, volvías al humo de nuevo,
al volumen verdadero.

Lentamente, muy lentamente
cae llovizna sobre la tierra pesada,
como brisa de arriba, como cariño frío
desde las alturas inalcanzables,
esta agua liviana se acerca al suelo.
El cielo está luminoso en su gris claro,
gris radiante de luz esparcida
entre nubes apenas insinuadas
por arriba de la lluvia,
el tiempo está detenido casi
delante de la vista.

El ritmo de mi corazón pulsa sorprendido
en la atmósfera matinal,
se identifica de a ratos con la llovizna
o late sumergido en la intimidad
de mi alma movida y ágil,

como saliendo afuera o volviendo,
un ritmo inseguro, yendo y viniendo.

Pero también se detiene
- a veces -
el tiempo y queda inmóvil
entre los días que siguen viniendo.

Suma las finezas del alma, súmalas,
suma cascadas transparentes,
agrega elegancias y un bien querer
que de nuevo y de nuevo despierta al hacer,
suma los sacrificios a bellezas inauditas,
a la íntima reservada limpieza del vivir,
suma a la cadencia ingenua
ingenua claridad -

de entre las piceas busca una,
escasa, lenta en el crecer, preciosa,
y vela dar de sí su erecta figura -

juega a la justicia y al perdón,
a la sonrisa de música perfecta,
a la libre medida, al dar generoso,
juega a enseñar y mostrar,
a convidárselo todo y dar más,
riendo, riendo,
juega los juegos de verdad -

entonces detente
en medio de la amargura,
juega no más picea
y resta hasta cero
el tiempo que iba.

Gerd in memoriam

Te bañaste en el mar adulto de las mentiras,
nadaste en la insolencia de los grandes,
en las olas entretenidas de todo lo comprable,
de todas esas cosas brillantes,
de novedad en novedad fuiste deslizando
tu corazón raptado,

en su espumante orgullo sumergiste tu cabecita
y sorprendido saliste a flote
miles de veces.

Pero tu piel se irritó,
de noche fiebre y susto dijeron no,
tus manitos tiritaron, te convulsionaste,
tu fuerza entera se empinó en contra,
airadamente se rebeló tu suave intimidad.

Entonces nada.
Entonces paz para siempre,
tiempo para alejar todo mal.
Noches de menos calor,
agua feliz en la pequeña vertiente
y las horas tranquilas de soledad.

O una hormiga. Dos hormigas.
Tierra y cascajo. Hojas caídas.
Aromas y aires, nubes transformándose,
y estas ganas de correr
con tus piernas seguras:
tu carita sonriente
y llena de luz.

Lluvia cae sobre la tierra,
luz y frío se depositan
al pie de los árboles,
agua y limpieza
acarician piedra y pasto,
la gran misteriosa bendición del cielo
baja hasta por debajo de todo.

Y el corazón sale afuera a leer,
a aprender de la imagen devota
las señas de su propio destino,
así como lo desconocido de arriba
va a lo ignoto abajo.

Vida es tal vez esta tolerancia
con que se entretujan las direcciones,
a caída transparente sobre lo que crece,
pasto y árbol, sonrisa y cariño,
hacia arriba.

Árboles, claro.
 Mira alrededor
 los altos árboles del alma:
 Beethoven, Schubert -
 troncos y ramas de poder,
 de angustia y querer,
 de tierna caricia
 perdida en renunciadas majestuosas,
 follaje sensual
 jugando en las alturas del cielo
 con viento y sol,
 o abajo,
 raíces fuertes
 hacia el fondo inhabitable,
 árboles preciosos de nuestro camino,
 Lao tsé,
 Rilke solitario y único,
 secuoya milenaria creciendo hacia el mañana
 de nietos lejanísimos,
 di de nuevo: secuoya -
 que no hay más.

Tierra levantada en fiestas de energía
 hacia el aire circundante,
 inviernos y veranos incontables hechos altura,
 y sus frutos, para nosotros, siempre frescos,
 madurando como rito de magia de día en día,
 que no nos falten.

Por encima de pasto y piedras,
 de ramas caídas,
 corre rápido, atento,
 los ojos abiertos -
 ¿hacia dónde?

Es viento,
 así como pertenece a bosque y huella,
 inocente,
 pasando por el ámbito llovido,
 de tronco en riachuelo,
 ligero, llegando y dejando,
 hacia más y más, hacia adelante,
 empujado por fuerzas pujantes,
 oliendo, escuchando, sintiendo,
 seguro sin saber.

Pero también tú, cuando eras niño,
 ¿no supiste darte ternura y calor
 cuando estabas por dormir,
 esa dulzura que recorrió la piel
 hasta hacerse noche en tu alma?

Pulsos del vivir
 se cobijan en pulsos más grandes,
 unos en otros
 cada vez más amplios,
 repitiendo de frecuencia en frecuencia
 la limpieza invernal.

Estremece verte
 viviendo tu infancia desamparada,
 inserta en discordia y escuelas enajenadas,
 expuesta a terror y quiebre,
 llevando tu inocencia como tesoro delatador
 en algún bolsillo muy sentido,
 tus ganas de querer y ser querido
 cara a la luz y a la alegría,
 de presionar con fuerza, intensamente,
 o de recibir sin fronteras,
 abierto de par en par
 tu interés incesante, insaciable,
 por árbol, tierra y animal,
 tu obstinada perseverancia
 por levantar lo arruinado,
 por enderezar de nuevo
 lo que otros pisaban para siempre,
 tus cosas adultas
 entremezcladas con juguete y temor -
 cómo, cómo, cómo.

Aprovechando su ausencia
 entré en su guarida
 y me estuve sentado
 mirando hacia afuera la lluvia.

Su espacio es estrecho y poco cuidado,
 nada dice que aquí pernocta,
 que aquí se protege

de cuanto hace mal,
 nada hay que sea pertenencia,
 un objeto o talismán,
 sólo apenas un olor
 distinto a mi.

Brisas y humedad
 pasan con las horas de la tarde,
 la luz se desvanece de a poco
 y así la soledad,
 pero me voy -
 sintiendo en el fondo de mí
 las fuerzas de un flujo poderoso
 que hace y muestra.

El cielo inseguro
 por encima de tu cabeza descubierta,
 el mundo adulto
 mil veces quebrado allí arriba,
 las cosas importantes
 chocando irrevocablemente de voz en voz:

en tu amiguita verlo repetido,
 sentir su sentir en medio del patio,
 empatía en la garganta
 y calor en las manos pequeñas,
 su faldita corta apenas cubriendo
 sus piernas tímidas,
 el pelo desordenado en torno
 a su cara de silencio y sorpresa -
 saberla tan igual.

De intento y empeño
 fue hecho tu camino hacia grande,
 de caudales bondadosos
 cruzando los paisajes disfrazados para niños,
 de esforzados esmeros por lograr
 lo que ellos arriba solamente mentían:

en ella oírlo vibrar acorde
 escuchando la resonancia infantil
 - como te movió, como remeció tu vida -
 en ella percibir
 el lento crecer entre burla y temor,
 la libre exposición

hacia la abierta altura,
en esta flor de inocencia temprana
estirándose en medio de su propia pobreza,
limpia y clara.

Temores fueron verdad,
juegos, sonrisas, largas esperas,
tu niñez fue flujo, percibir, oír,
dibujar o callar, siempre haciendo,
fue proceso de un proceso,
un río de más y más
siempre creciendo.

Extraña efervescencia
en contra de lo otro,
pujanza incansable brotando
día tras día aumentada,
y en juegos ensamblando,
en ritmos y palabras,
en figuras logradas.

Quehacer de vida
volcado en contra
de piedra y árbol,
de hambre o pena,
mágica marea
subiendo hacia adulto
paulatinamente.

Cosas siempre sobraron,
las inertes, sabidas,
frenaban tus carreras
y tu gustoso aprender,
pero un cariño, a veces,
echaste de menos
en tu piel infantil.

Líneas, luces, logros -
chispas diarias
desde un atrás ignoto
y hacia adelante, hacia grande,
donadas, ligeras, brillantes -
señas de ti.

Donde andas, oscuro tú, hermano veloz,
de dónde a dónde
te lleva tu paso liviano,
qué mira, qué busca tu vista asustada,
qué hambre quieres saciar,
qué sed de dulzura corroe
tu alma inquieta -
dónde, cuándo la vas a encontrar.

La lluvia sujeta de ti,
frena tus fuerzas primeras.
Así corres aún por encima
de piedra, pasto y rama caída,
presto a defensa o cariño,
sin palabras, sigiloso.

Destrezas, niño,
fluyeron de tus manos inexpertas,
de tu voz, de tu alma,
nuevas destrezas para días renovados,
logros que sonriente terminabas
en medio de tu soledad entretenida.

Ven, mira, decías,
y tu hermano te aceptaba
como a un grande, el generoso,
discutiendo interesado
tus construcciones ingeniosas
y mostrando hacia más.

Olas de un agua permanente
quebrándose altas y lentas
hacia la amplia playa diurna,
o de noche, recogidas,
apenas perceptibles
en tu tranquilo respirar.

Como una pelota
saltando de mano en mano
fue tu ingenua mirada
rebotando en temores y luces

hacia más, hacia adelante,
uniendo juego y seriedad
en curvas llenas de ti.

También tus piernas te dijeron,
tus dedos diestros y rápidos
mezclados en invento o paz -
con otras palabras pero sentidas,
con otras letras pero veraces,
este lenguaje pujante
que otra y otra vez
te decía infantilmente
a tu entorno espacioso:
quien lo oyó.

Llueve lentamente.
Imágenes internas
se suman al paisaje mojado,
con ternura y suavidad
se juntan o separan -
que yo aprenda armonía
del juego ligero.

Pero la tierra
yace pesada
bajo mis pies.

Bajando los párpados
te recuerdo
agradecido.